

—Digo, señor duque, que gentes de un tan alto linage cual el vuestro, debian defender sus derechos sobre todos y contra todos.

—Pero qué puedo hacer contra la voluntad del rey?

—Podeis resistir á lo ménos.

—Pues bien, resistiré señora, y haré colgar de las almenas del castillo, al primero que ose hacerme notificacion de abandono.

La hábil duquesa habia logrado encolerizar á aquel escelente marido; pero eso no era suficiente: era preciso que el duque se ligase de tal manera, que no pudiese volverse atras de lo que habia dicho.

—Esa generosa resolucion, mi querido señor y dueño, es preciso que al instante todos vuestros servidores la sepan, á fin de que estén bien prevenidos.

Sin esperar respuesta, da al momento la órden que se reunan todas las gentes del hotel, y les declara que cualesquiera que intente quitar al duque su primera habitacion, deberia ser inconitenti colgado de las almenas del castillo, pues tal era la voluntad de monseñor.

El objeto que se proponia Henriqueta de Clèves al hacer esto, era que el ruido de tal resolucion del duque se esparciese á fin de enfriar á los postores que pudiesen presentarse, y el objeto se consiguió: todos sabian que el duque de Nevers era poderoso, y nadie queria hacérselo enemigo.

Al mismo tiempo la princesa Margarita hacia llamar al célebre astrólogo Cosme Ruggieri.

—Maestro Cosme,—le dijo ella,—me habeis siempre encontrado dispuesta en vuestro favor en todo aquello que habeis querido obtener de la reina mi madre y señora y de mi hermano el rey?

—Y eso, señora, obliga mas mi respetuoso reconocimiento hácia V. A.

—Siempre me encontraréis la misma, maestro Cosme; pero hoy, queremos de vos un servicio, y es, que deis conocimiento á las personas que os consultan, de que, quien quiera que intente adquirir, ya sea una parte, ya todo el hotel de Nesle, morirá en el curso del año.

Ruggieri comprendió perfectamente lo que se trataba, pues con motivo de su doble profesion de médico y astrólogo, no habia un secreto en la corte en el cual no estuviese iniciado. No podia rehusar el servicio que le pedia Margarita; pero le importaba salvar su dignidad.

—Y lo haré con tanto mas gusto, respondiò él, puesto que en ello no perjudico á la verdad: la estancia de dicho hotel debe ser necesariamente funesta á gran número de personas nacidas bajo ciertas constelaciones, como ya lo ha verificado y lo confirman los sucesos históricos.

Aunque como todas las mugeres de su tiempo, Margarita era profundamente supersticiosa, las palabras del astrólogo no le causaron miedo ninguno: tal era de evidente el motivo que las dictó: así, pues, despidió á Ruggieri muy satisfecha.

Lamole y Coconas por su parte se habian puesto tambien á la obra: á cuantas

personas encontraban les decian que siendo el duque de Nevers su amigo, tomarian muy á mal al que le disgustase, y como ambos gozaban la justa reputacion de ser los dos mas intrépidos espadachines de su tiempo, nadie deseaba tener que ponerse bajo sus brazos.

El resultado de todo fué tal cual lo habian previsto los conjurados; es decir, que nadie se presentó á hacer postura por el hotel de Nesle y que Carlos IX debia buscar de todos modos el dinero que tanto necesitaba.

Este monarca tenia sin embargo otras cosas en que ocuparse en estos momentos, y para la mejor inteligencia, nos es preciso volver sobre nuestros pasos.

Carlos IX solo tenia diez años de edad cuando sucedió á su hermano Francisco II bajo la regencia de Catarina de Médicis, su madre.

Esta princesa alarmada justamente del poder de los Guisas, trabajaba sin descanso á fin de aminorárselos: hizo poner su libertad al príncipe de Condé, devolvió al condestable de Montmorency el favor del cual habia estado privado desde el principio de su reinado, y el rey de Navarra, aunque prisionero de los Guisas, fué nombrado por ella teniente general del reino.

La regente congregó en seguida los estados generales, luego á Orléans y despues á Pontoise.

En esas asambleas, se hablaba mucho, como es de costumbre, y se hacia poco.

El virtuoso canciller Miguel de l'Hospital, siempre se mostraba elocuente, esforzándose á llevar las cosas á una reconciliacion entre los papistas, los luteranos, los calvinistas, &c., &c.; pero la empresa era demasiado árdua para sus fuerzas.

La regente creyó, pues, en un mejor resultado, convocando conferencias públicas, las que tuvieron lugar en Poissy; de ahí viene el nombre de *coloquios de Poissy* bajo el cual son conocidos en la historia. Se discutió, pues, en ellas mucho; pero sin resultado.

La guerra civil se hacia inevitable.

El condestable de Monmorency empezó las hostilidades atacando á los protestantes y quemándoles sus templos. A estas violencias, el príncipe de Condé y el almirante Coligny respondieron con ampararse de Orléans, sostenidos por los protestantes de Alemania.

Los españoles por otro lado marchaban á socorrer á los Guisas.

La nobleza se divide en dos partidos, y las hostilidades comienzan.

Vencedor el duque de Guisa en una batalla dada cerca de Dreux, se apresura para ir á sitiár á Orléans, que estaba considerado como el abrigo de los reformados; pero es asesinado en las murallas de dicha ciudad y su muerte trae el tratado de paz conocido bajo el nombre de *Convencion d'Amboise*.

Catarina de Médicis á fin de conservar el poder, se mostró favorable tanto á los católicos como á los protestantes arrojando así su apoyo al lado de la balanza que tenia ménos peso para mantener el equilibrio, el cual hacia todo su poder;

pero este sistema de contrapeso no podía durar. Arrastrada á ello por los Montmorency, la reina no tardó en asustar á los protestantes con ciertas medidas excepcionales.

De nuevo se tomaron las armas de una y otra parte y ambos partidos dieron una batalla en los llanos de Saint-Denis, sin que ella diese resultado alguno, á pesar de haber muerto en el combate el condestable de Montmorency.

No sucedió lo mismo en la batalla de Jarnac, donde los protestantes fueron derrotados: lo fueron de nuevo en la jornada de Montcontour. Felizmente para ellos, Coligny su gefe, no era hombre que se dejaba abatir por tan poca cosa.

Dotado de una actividad infatigable, repara sus pérdidas como por encanto y marcha resueltamente sobre Paris. Esta maniobra audaz, fué suficiente para hacer perder á los católicos todas las ventajías adquiridas en sus últimas victorias.

El partido de la corte empezó á esparcir palabras de paz, y Coligny se puso en posición de dictar las condiciones. Ecsigió que se diera á los protestantes como plazas de seguridad, las ciudades de la Rochela, Montauban, Cognac y la Caridad; que en lo sucesivo, su culto fuese libre en dos ciudades de cada provincia, y que fueran declarados aptos para obtener toda clase de cargos. Todo esto le fué concedido y la paz fué firmada en San German en 1570.

Los católicos temblaban de cólera al ver un tratado tan humillante despues de cuatro victorias: los protestantes mismos que apénas lo creían no lo aceptaron mas que por procurarse descanso, y las personas sábias esperaban de esta paz hostil una desgracia insoportable.

En efecto, una conjuración terrible contra los protestantes, debía organizarse muy pronto.

Catarina de Médicis, que otras veces les habia favorecido, ahora solo pensaba en esterminarlos. Solo necesitaba de un pretexto para reunir las víctimas sobre las cuales debia caer el golpe.

Bien pronto se encontró.

Una de las condiciones de la paz firmada en San German, era el casamiento de Margarita, hermana de Carlos IX, con el jóven rey de Navarra, que profesaba la religion reformada.

Se decidió que este casamiento se celebraria en Paris el mes de Agosto de 1572: se hicieron, pues, grandes preparativos para la ceremonia á la que fueron convidados todos los gefes de los protestantes, y especialmente al principe de Condé que tenia una multitud de adictos.

El casamiento se celebró, pues, el 17 de Agosto. Cindo dias despues, el 22, el almirante Coligny, al salir del Louvre para ir á su casa recibió un tiro de arcabuz que le hirió grevemente.

Este suceso debia crear naturalmente entre los protestantes sus temores: á

fin de dar confianza á aquellos que hubiesen tomado precauciones y que estuviesen prevenidos, Carlos IX se apresuró á ir á visitar al herido demostrándole el mas vivo dolor en presencia de todos los señores protestantes que se habian reunido cerca de él, y le promete hacer pronta y buena justicia con el asesino.

El dia 23 todo estaba en calma; pero los conjurados se hallaban listos y solo esperaban la señal para comenzar el horrible asesinato que estaba premeditado, y ya resuelta su ejecucion.

El secreto habia sido guardado con tanto sigilo, que Lamole y Margarita, quienes comunmente estaban mezclados en todas las intrigas de la corte, no tenian la mas mínima sospecha de lo que se preparaba. Aun el mismo Coconas, conocido como un hombre de accion, como un matachin intrépido y católico ardiente, habia sido escludido de la confianza.

Catarina por un exceso de prudencia se propuso no iniciarlo en el misterio, así como á Lamole, sino hasta el último momento, cuando fuese ya preciso ejecutar, á fin de no dar lugar á la reflexion.

Habia tal tranquilidad el 23, que Margarita, despues de su matrimonio no habia hecho una sola visita á la torre de Nesle, y á pesar de que solo habia transcurrido una semana desde el dia de sus bodas hasta dicha fecha, cuyo tiempo le habia pareció demasiado largo.

La ardiente Margarita, decimos, pues, habia provocado para la tarde del dia 23 una de esas reuniones galantes que tanto amaba, y desde un poco ántes del fin del dia, llegó á aquella torre de *lujuriosos recuerdos*, como dice M. Dumas, donde ya estaban reunidos Henriqueta de Cléves, Lamole y Coconas.

—Hé ahí á mi bella infiel que vuelve á mí,—dijo Lamole, dirigiéndose todo conmovido hácia ella.

—No soy inconstante ni infiel, amigo, pues solo me he dado y he cedido á la necesidad y á una voluntad imperiosa de mas poder que la mia.

Tal vez decia verdad, y lo que despues de ese matrimonio pasó, prueba que para efectuarlo se consultó mas bien la razon de Estado que los sentimientos de los dos esposos.

—Esas fiestas, mi bella Margarita, han sido para mí un puñal que hiere el corazon.

—Y yo, crees tú, que las he soportado sin sufrir?

No sabemos cuál seria la opinion de Lamole en este punto, solo dirémos que no pudo responder y que la duquesa de Nevers tuvo que tomar al instante la palabra; á fin de cambiar de conversacion.

—Vamos,—dijo ella con ese aire encantador y picaresco que sabia usar á tiempo,—me parece que aún no hemos cenado, así, pues, no es tiempo aún de hablar tanto. Luego nos dirémos esas cosas tan dulces y entónces sonarán mejor, pues para ello habrémos tomado fuerzas suficientes.

Esto era perfectamente el deseo de Coconas y el de los otros dos amantes, que mentalmente no querian otra cosa, que dejar en el punto que habia llegado su

coloquio hipócrita, de suerte que una hora despues relámpagos de alegría se mezclaban en aquella aislada torre, al ruido que hacian las copas al chocarse una con otra.

Entretanto la noche habia llegado y Catarina de Médicis habia enviado á buscar á Coconas y á Lamole.

Era pues, el momento en que ella podia sin temor, iniciarlos en el secreto del terrible proyecto que tenia concebido y cuya prócsima ejecucion le causaba violentas emociones. Pero en vano buscaban sus enviados á los dos gentiles-hombres, cuyos brazos, mas bien que su inteligencia, podian servirle en esta circunstancia.

Estaban ausentes y nadie sabia donde se encontraban en aquel instante.

Lo que nadie podia decir, Catarina lo sospechó tan luego como supo que su hija Margarita, á la que tambien habia mandado llamar, estaba igualmente ausente y sus sospechas se cambiaron en certidumbre luego que al haber ido á uno de los balcones del Louvre, vió brillar luces resplandecientes al través de las vidrieras de la torre de Nesle.

—Allí están,—se dijo ella,—y allá no puedo enviar mensajero alguno sin provocar tempestades. Pero en este momento supremo, el écsito depende sobre todo de la union, sí, de la unidad en la ejecucion.

Grande era la ansiedad de la reina madre; sin embargo, esperaba: esperaba á cada momento ver aparecer sobre el Sena una barca que de la torre de Nesle se dirigiese al Louvre.

Pasó una hora y nada parecia. La reina estaba en brasas.

No solamente le iban á hacer falta Lamole y Coconas, que tenian tantos amigos, sino que conocia que las personas que estaban en la torre iban á quedar aun en ella, y allí se hallaban espuestos á los mas terribles peligros, peligros que para Margarita, su hija querida, eran mayores, pues siendo la esposa de un hugonote, como lo era el rey de Navarra, habia sido denunciada por los asesinos heréticos como tal, y en consecuencia designada para darle muerte á fin de librar así su alma, que decian estaba ya en poder del diablo.

En fin, la reina madre atormentada por la inquietud tomó un partido violento. Por su órden, se preparó una barca para ella y dos servidores fieles, y sobre este equipage, sin hachones ni luz ninguna, se hizo conducir á la torre de Nesle en medio de la noche sombría y tempestuosa.

La barca atravesó silenciosamente el rio, llegó al pié de la torre, y los servidores de Catarina tocaron violentamente á la puerta.

Un *quién vive?* se escuchó salir de lo interior.

—La reina madre!—respondió Catarina levantándose vivamente del banco donde estaba sentada.—Abrid al momento,—dijo;—á la menor dilacion, desgracias de vosotros!

Henriqueta de Cléves estaba bien servida porque pagaba liberalmente á cuantos la rodeaban. Casi todos sus servidores, y sobre todo aquellos iniciados en



los misterios de la torre, le eran adictos, así es, que hubieran afrontado un ejército por defenderla y servirla.

Pero la reina madre Catarina de Médicis, era, según el vulgo, mucho más que un ejército, mucho más que la ley, mucho más que el rey.

Era una mujer implacable que tenía por todo lo que le rodeaba, salvo algunas raras excepciones, el más profundo desprecio, y siempre estaba dispuesta á romper cuanto obstáculo se le presentaba.

Bien se deja, pues, comprender que la voz de tal personaje oída por los guardianes del interior, hizo precisamente en medio de ellos el efecto de una bomba.

Fué un *sálvese el que pueda* general, un terror pánico sin igual bajo cuya impresión todos pensaban en escapar; pero después de algunos instantes, los más valientes ó los menos timoratos, recobraron bastante calma para conocer que el huir no les salvaba, y así, mejor era quedar y obedecer.

Volieron, pues, sobre sus pasos, y con la experiencia más completa de sumisión, abrieron la puerta.

Catarina se lanzó hácia el interior sin pedir guía, porque ella también conocía las entradas y salidas de aquel lujurioso castillo.

Cómo las había aprendido?

Es lo que nosotros no podemos decir de un modo cierto; pero es permitido el adivinarlo, y sobre este punto, cada cual puede pensar lo que quiera. Lo cierto es que apenas llegó á la puerta de la sala del festín, la abrió, y apareció como la estatua del comendador á los convidados que llenó de espanto.

—La reina!

—La reina!

—La reina!

—La reina!

Tal fué la cuádruple exclamación que interrumpió bruscamente los alegres y amorosos brindis que tenían lugar en aquel momento.

—Sí,—dijo gravemente Catarina.—Sí, es la reina, hijos míos, que viene á salvaros, cuando ya tenéis un pié en el infierno!

—Oh madre mía!—esclamó Margarita, en quien la ternura se hallaba algo escitada por los vapores del vino,—no tomaréis en cuenta mi sumisión?

—Mi señora y reina,—dijo la duquesa de Nevers, que no admitía que reina ni rey tuviesen el derecho de penetrar en su casa sin cumplimiento alguno;—mi señora la reina, aquí estamos en nuestra casa y recibimos á nuestros amigos; pero para ello les invitamos con anterioridad.

Como Catarina no estaba convidada, la consecuencia de tales palabras era que se le invitaba á volverse por donde había entrado. La reina madre lo comprendió perfectamente; pero hizo como que no lo comprendía: era una mujer demasiado superior para dar la menor importancia á esas cóleras de niños mimados, cuando ella con las suyas hacía temblar al mundo.

—Duquesa,—la dijo,—dejad ese aire y hacednos buena cara porque solo así podreis salir victoriosa.

Y la duquesa sonrió.

¡Cuán cierto es que el rostro humano sobresale en el gran arte de la traición, porque al mismo tiempo que la bella duquesa de Nevers sonreía, juraba mentalmente el hacer espiar á la reina madre aquella terrible injuria.

Catarina comprendía perfectamente todo aquello; pero dominada como lo estaba de una idea grande y terrible, no hacía caso ninguno.

—Hijos míos,—replicó Catarina,—en este momento no es la hora de los placeres; la tempestad ruge sobre nuestras cabezas, y á nuestros piés otra aún mas terrible va á estallar bien pronto.

Lamole y Coconas estaban mudos de sorpresa.

—Vamos! mis gentiles-hombres,—continuó la reina madre poniendo una de sus manos sobre la espalda de Coconas,—si gustais, no me guardéis ningun rencor, porque no he venido á arrancaros de aquí mas que para poneros en medio de un bello camino de fortuna.

Coconas se arrebató de alegría: Lamole quedó casi indiferente.

Habia en las palabras de Catarina de Médicis algo de estridente que le parecía ser anuncio de una catástrofe, y aunque no era ménos escrupuloso que su amigo Coconas, era mucho ménos grande para dejarse ir en ciertas pendientes.

Se quedó, pues, mirando con cierto modo especial á Margarita: ella le comprendió. A pesar de sus desórdenes, le amaba realmente. No era su único amante; pero era el de su predilección, distinción que podrá parecer sutil á algunos de nuestros lectores; pero que otros muchos comprenderán fácilmente, tomando en cuenta el tiempo en que esto pasaba y la posición de los personajes.

—Lo que hay de claro en todo esto,—dijo la jóven reina de Navarra,—es que aquí no estamos en seguridad.

—Cómo, en mi casa!—esclama la imperiosa duquesa.

—Tanto en vuestra casa como en cualesquiera otra parte, señora!—dijo Catarina con voz lúgubre.—Hace poco que el amor y la alegría habitaban aquí, dentro de una hora tal vez solo habrá desesperación y muerte.

La duquesa palideció.

—Partamos!—continuó la reina madre. La tempestad que ruge anuncia cosas grandes. Pensemos en la gloria de Dios.

Al pronunciar estas últimas palabras, Catarina de Médicis arrojó una mirada rápida sobre su hija y sobre los dos gentiles-hombres.

—Partamos!—repitieron estos últimos levantándose y tomando sus espadas.

Henriqueta de Cléves, temblando por lo que habia escuchando, acercándose á Coconas le dijo al oído:

—Quédate, amigo, yo lo quiero!

El gentil gascon saltó como una pelota elástica.

—Pero, alma mia,—la dijo en el mismo tono,—quieres, pues, interceptarme el

camino de la fortuna que para nosotros prepara mi señora la reina?... Vive Dios que queremos aparecer en él los primeros, y pobre del que nos le quiera cerrar.

La duquesa no osó insistir.

Lo que pasaba á su derredor le era tan extraño, escuchaba tal perfume de una conmoción violenta, que oscureció en cierto modo su inteligencia tan fina y sutil, de manera que, así que á una seña de Catarina de Médicis, Margarita y los dos gentiles hombres se levantaron para seguirla, Henriqueta de Cléves quedó como clavada en su asiento.

Espesas nubes continuaban vagando por la atmósfera en tanto que la reina madre, su hija y los dos gentiles hombres atravesaban el rio para ganar el Louvre al cual pronto llegaron.

Al poner sus piés sobre la orilla derecha, Margarita, asiendo violentamente á Lamole del brazo, le dijo:

—En nombre de Dios, no me dejes!

—Pero, y la reina madre?—dijo Lamole.

—Eres tú de la reina madre ó mio?

—Es tuya mi vida, tuya mi alma!...

—Entonces sígueme y no te ocupes de otra cosa.

Catarina habia tomado el brazo de Coconas.

—Mi gentil-hombre, aprecias sin duda á Henrique de Balafrade?

—Monseñor el duque de Guisa,—dijo el Gascon,—es despues de V. M. la persona que puede con mas seguridad contar con mi fé y mi adhesión. Con monseñor de Guisa, iré aun al infierno si él quisiere llevarme allá.

—Pues bien, en el momento iréis á encontrarlo de nuestra parte, y bien pronto nos serviréis bajo sus órdenes..... Sois buen católico, hijo mio?

—Católico, apostólico y romano, mi reina y señora. Tengo un buen brazo y una buena espada; y todo, al servicio de V. M.

—Bien, Coconas! Las grandes cosas no se harían sin el entusiasmo, y veo que vuestro corazón no está frio. Llamad á Lamole y decidle, que nuestra voluntad es, que ambos marcheis incontinenti á ponerlos á las órdenes del duque de Guisa, para concluir con esos condenados heréticos que incesantemente traen el reino en convulsión.

Coconas tenia instintos sanguinarios.

Estas palabras de la reina madre bastaron para hacerle olfatear batalla y botín, dos elementos que en cualquiera parte y en cualquier tiempo, llamaban imperiosamente su atención.

Su nariz se dilató, sus ojos se abrieron desmesuradamente, y sus pupilas se inyectaron de sangre.

—Mi señora y reina,—dijo él,—se trata, pues, de una batalla?

De una batalla decisiva, señor. Mañana sabrá la Francia si es católica ó hugonote.

La reina madre mentía. No iba á ser una batalla, sino una matanza horrible, un asesinato espantoso, una traicion escrable é iumunda.

El gentil-hombre gascon, no sabía nada de el'o, y sin embargo, el saberlo no le habria podido impedir el ir á matar á donde habia que matar.

—Y á dõnde encontraremos,—preguntó,—á monseñor Henrique de Guisa, bajo cuyas órdenes es el gusto de V. M. que vayamos á ponernos?

—En los aposentos del rey.... Id, y que el ángel exterminador guie vuestros brazos.

No necesitaba de escitacion Coconas: la procsimidad de la matanza que se preparaba, producía sobre él el efecto que producen sobre las aves de rapiña los preparativos de una batalla.

Su primer cuidado al separarse de la reina madre, fuè buscar á Lamole, segun ella se lo habia recomendado, para llevarle; pero Margarita y Lamole habian desaparecido al abandonar el Louvre.

Lamole! Lamole!—gritaba el gascon por los corredores de palacio,—mala peste te ahogue!.... Acaso no quieres que seamos ricos y poderosos ambos?

Y Lamole no respondia: Coconas corrió así hasta las puertas del aposento de Margarita, á la cual tocó sin mas ceremonia, pues una vez lanzado, era capaz de ir hasta el infierno sin tomar aliento. Sin embargo, por muy dispuesto que estuviese á franquearse todas las barreras, tuvo que detenerse allí, pues la guardia que de ordinario habia, estaba doble hácia el interior, y el oficial que la mandaba le amenazó de hacerlo clavar contra la pared si no retrocedía.

Fué preciso al colérico gascon tomar una resolucíon. Pero ésta, no fué hecha sin comentarios.

—Hola! se oculta!....—decía para sí al devolverse,—él tambien es herético! Ya! vive Dios! Su querida no es ahora muger de herético?

La consecuencia no era ciertamente nada rigurosa; pero Coconas estaba ébrio de vino, de amor, y olfateaba á su derredor sangre y oro, lo que era, diez veces mas de lo que necesitaba para turbarse su cerebro, cerebro de gascon, siempre dispuesto á arder.

No habiendo podido penetrar en las habitaciones de la reina, Coconas se dirigió á la del rey, donde fué recibido sin dificultad tan luego como hubo dicho de parte de quien iba, y de haber respondido al santo segun las instrucciones de Catarina.

Henrique de Guisa estaba allí, rodeado de oficiales, soldados y otros hombres de un aspecto extraño y á los que cualesquiera hubiese creído se les habia llamado mas bien para ir á un festin que á la matanza, si no fuera por las largas espadas y filosos puñales que se veían en sus ricos cinturones.

Estas personas eran los gentiles-hombres de la casa de Guisa, quienes, así como los otros, esperaban diese la hora en que debían arrojarse sobre la presa.

—Venid acá, mi gentil-hombre,—dijo Henrique de Balafé dirigiéndose há-

cia Coconas;—se me habia dicho que os queriais contar entre los últimos que llegasen?

—Monseñor, si no se me ha dicho de venir con mas anticipacion, no por eso dejaré de hacer bien mi tarea, y si Dios lo quiere, me veréis en la obra.

—Yo garantizo lo que ha dicho, monseñor,—esclamó un tal Besme, favorito del duque y amigo de Coconas.

Cuando esto pasaba, era un poco mas de media noche, y el duque de Guisa se impacientaba mucho.

—Corazon de gallina!—murmuraba paseándose á grandes pasos;—el miedo se habrá apoderado de él y habrá retirado su palabra!..... Sin embargo, Catarina no debe despegarse de su lado, y á ella no le falta corazon.... Pero, si la traicion..... Vive Dios! Si nos traicionasen.....

Y mientras murmuraba de este modo, su mano se crispaba sobre el puño de su espada.

No era sin pena que Carlos IX habia consentido á la espantosa matanza que se preparaba, y Catarina, su madre, que le habia hecho resolverse á ello, no dejaba de temer el que cambiase de resolucíon: así es, que apenas volvió de la torre de Nesle, se fué á casa del rey, bien determinada á no salir de allí hasta oír la señal de la ejecucion.

Esto no era porque Carlos hiciese gran aprecio de la vida de los hombres; era duro, cruel, y bien se puede decir, que nada amaba; pero tenia miedo al infierno, y como no pudo consultar á los casuistas el horrible crimen que iba á perpetrarse, su perplegidad era grande.

En fin, se habia conseguido persuadirle en aquel dia, que la sangre de los heréticos era agradable á Dios, y que mostrando así tanta devocíon por la Iglesia, se abria las puertas del cielo.

Esta convicción tardía, explica cómo es que solo pocas horas despues de haber visitado á Coligny y ofrecídole pronta y buena justificacíon con los asesinos que le habian herido, consentía en dejarle degollar.

Era, pues, con el nombre de la religion que se iba á acometer el espantoso crimen.

Jamas se habia abusado tan horrorosamente de la cosa mas santa que ecsiste.

En fin, un poco despues de las dos de la mañana, la campana de la iglesia de San German l'Auxerrois, comenzó á vibrar lentamente: la de la torre de palacio llamada *Torre del reloj* (1) respondió á esta señal: despues, las campanas de todas las iglesias se hicieron oír.

—Amigos,—gritó Henrique de Guisa,—el que me ame, que me siga.

Y se lanzó hácia el hotel del almirante Coligny, situado á poca distancia del Louvre.

(1) Algunos historiadores pretenden que la primer señal de los asesinatos del Saint-Barthélemy, partió de esta torre que acababa de ser artísticamente restaurada.